

E. Rodríguez Mendoza

Cisneros

(Por Alejandro Vicuña)

I.—LA HORA DE LOS FORASTEROS

Aunque entre gente de letras no siempre se incurre en la majadería de hablar de literatura, porque por sabido se calla que no estará de acuerdo, más de una vez hemos parloteado con el autor de «*Cisneros*» sobre españoles de bulto, es decir, por hacer, o sea, por escribir.

Al fondo de la casona de fines de XVIII— adobe y teja, yerbas y perros— monta la guardia la montaña con blancura de invierno y color asno cuando la recalientan los solazos del verano.

Bajo los árboles y entre los verbajos, encantados de crecer y florecer sin que nadie los pise, hay estelas, dorsos, capiteles, sarcófagos, que parece que vinieran arrancando de la quema del Viejo Mundo...

Es un retiro muy sugerente esa casona del clérigo Vicuña, hombre de muchas andanzas y muchas letras, inclusive latinas, lo que no impide que haya observado a la misma Rusia, la irremediable transición a lo social a que, unos primero y otros después, van entrando los individuos y los países: época de transición que cualquier día nos apechuga y nos aplasta a todos.

El clérigo trashumante y yo, que también he trotado algo,

conversamos de viajes, de problemas, de figuras que se fueron, dejando sombras altas y profundas.

Y cuando llega la noche a poner punto a la plática en claro oscuro, los pedazos de mármol parecen fantasmas. Palabra.

Vicuña ha formado una galería bibliográfica con algunas de esas sombras: Cicerón, el de las Filípicas, con su cara depilada, toda ojos; Horacio— no el tuerto— sino Horacio Flaco, aunque no lo fuera; San Juan Crisóstomo, el de la Homilias; Savonarola, convertido en llama de tebrario en pleno fulgor renacentista. Recuerdo haber vagado más de una vez de aquí para allá en la Piazza de la Signoria y se me ha quedado la evocación del fraile en llamas de hoguera.

—Muy bien; pero por qué no entra usted alguna vez en lo español, neto y raizal—, solía preguntar al autor del «Cisneros».

Y bosquejaba un poco la idea lanzada como un pedazo de piedra o greda sin modelar, en la monstruosa acumulación del pasado castellano— una acumulación como las figuras esculpidas en el exterior de los sarcófagos— hay tipos enormes. Tipos y hechos que no han sido interpretados literariamente.

Tienen un carácter exclusivo y sólo se parecen a ellos mismos porque son la concreción humana de un ambiente, de una situación geográfica, de una historia, de un desarrollo poderosamente original. España es España, es decir, algo aparte.

Tiene un exceso de pasado. Tanto, que deja indiferentemente que lo hagan o lo estropeen otros.

Exceso de acción y, consecuentemente, de historia: la muchedumbre épica del Romancero— la guerra contra los moros duró ochocientos años— San Ignacio, Santa Teresa, frailes, inquisidores o poetas; descubridores, conquistadores y adelantados que aferran un nuevo hemisferio y que llegan a pie o como sea, hasta el «acabamiento de tierras».

Tanta historia y tanto architipo tiene la Península, que los forasteros se vienen entrometiendo impávidamente en lo que entienden o sienten a medias, como que para tratar esos carac-

teres y esos hechos insisto en que hay que poner a España al trasluz, lo que hace necesario haber hecho en la misma Península un curso de concentración espiritual, a lo Iñigo^z de Loyola... Y es absolutamente imprescindible hacerlo porque ¿cómo se podría, por ejemplo, seguir a Isabel la Católica sin rastrear sus andanzas, llegando hasta el castillo de la Mota, donde entregó a la tierra su cuerpo hinchado, hidrópico y rociado de lágrimas y agua bendita?

Más allá, en Tordesillas, se consumió doña Juana la Loca, fea y clorótica, vestida de negro, gimoteando y sin contacto alguno con el agua: un ser de posesa— habrían dictaminado las monjas de Cangas de Onis.

Sobre todo en la Alta Castilla, el pasado dice a fraile, a muerte, a hoguera, a Austrias— el Emperador— con la quijada en proa; Felipe II con sus vestimentas de entierro y su rosario lleno de reliquias. Comido por una necrosis de tarasca, terminó por agusanarse en vida. Se moría y se murió entre cirios, excrementos, incienso, huesos de santo y plegarias de bien morir.

Por ahí, siempre en Castilla, anduvo Ximenes de Cisneros, montado en un borrico y bajo un cielo rasguñado por el chillido de las cornejas. Un ambiente, como se ve, en que habría que haber largado a Shakespeare con sus ojos y sus sienes saltonas, ya que Calderón de la Barca no vió—¡y es bastante dejar!—más que a Segismundo y el Alcalde de Zalamea: Pedro Crespo, personificación del honor calderoniano, o sea el honor que no perdona, y hace bien.

Hay muy poco de eso, interpretado por una técnica actual, y por consiguiente, diversa a la historia aquella con la fe de bautismo al empezar y la boleta de defunción al final, ya cercano el colofón...

Poco o nada. No han reparado en ello los españoles y se explica: tienen tanta historia, tanto archivo, tanta tela, tanto gótico y tanto barroco, que quieren decir muchas cosas, pesimis-

tas o sarcásticas, cuando exclaman, alzando los hombros bajo la capa «¡y a mí qué me cuenta usted!»...

En cambio, aquí hay tan poquito, en materia de temas femeninos sobre todo, que continuamos con la Quintrala, que probablemente era sólo una beata engreída y gatuna, tentada y «picada de la araña». Lo apostaría.

Dejado de mano por sus dueños un material humano tan sugerente, desde antiguo espigan en él los forasteros (*).

(*) «Los estrangeros examinando nueftras piezas de theatro, no fe dignaron hablar de otras que de las malas, y paffaron a fus lenguas y costumbres las buenas: unos con evidente plagio, y otros con ingenua y agradecida confefsión, digna de alabanza particular en Thomas Cornelle».

«Estos y otros defectos que sería largo acordar aquí, no fueron bastantes para que Thomas Cornelle y Molière (el gran Molière) no pudiesen en el Theatro Francés algunas de las comedias de este Autor, que tuvieron y tienen mucho aplauso y aprobación entre los Franceses: es verdad que quitaron de ellas lo que llaman en su lengua Phebus y Galimathias, y reduxeron la locución al estado que debe tener la dicción cómica. No necesitaron de este trabajo en las Comedias que copiaron de Don Guillen de Castro, de Don Francisco de Roxas, de Don Antonio de Solis y de otros que guardaron la moderación que pide el estilo de las Comedias. Y de paffo es digno de notar, que las desgracias que se tienen por inimitables en Molière y las bufonadas de Scarron se hallarán originales en Roxas y Moreto y la Comedia llamada D. Japhet de Armenia, que agradó tanto a Luis XIV, segun dice Scarron, es a la letra El Marqués del Cigarral; el Jodelet, es El Amo Criado: *Le Chastiment de l'avarice*, es una traducción rigurosa del Castigo de la miseria: *Les Engagements du Hazard*, de Thomas Cornelle, es Los Empeños de un acafo; *Le Feint Astrologue*, del mismo, es el Astrologo fingido: D. Beltran del Cigarral, del mismo, es el Entre Bobos anda el Juego, de Don Francisco de Roxas».

«*Le charme de la voix*, es lo que puede la aprehension, de D. Agustín Moreto. Y es digno de alabanza lo que Thomas Cornelle dice de sí: «Jo he restituido tan religiosamente hasta aquí lo que he treído deber a los Autores Españoles, que me han fervido de guias en los asuntos cómicos, que se han visto míos sobre la scena con alguna alabanza; y no se debe tener por extraño que haya partido con ellos la gloria».

«Con otra ingenua confesión como esta, se hubiera librado Pedro Cor-

Con el mismo «Hingenioso hidalgo» las emprendió no hace mucho un alemán chato y manilargo, llamado Bruno Franck y enemigo decidido de poner comillas en lo ajeno, como que lo mejor de su libro— el título— lo prendió con las uñas de uno de los procesos incoados contra «un tal Cervantes»...

No es de hoy, pues, la hora de los forasteros en lo español, donde cada cual toma lo castellano como si se tratara de bienes mostrencos y ya andan por ahí una «Isabel la Católica», un «Carlos Quinto», una «Doña Juana la Loca», un «Felipe II», una «Santa Teresa»...

Menos mal cuando los forasteros se llaman Rodríguez Larreta, Reyles y ahora el clérigo Vicuña, los cuales, por razones de ascendencia racial, al entrar a lo español, entran a lo propio por herencia.

Por lo demás, hay material para todos en la Península por cuyo suelo apergaminado han pasado tantas razas, dejando cada una huellas, atavismos, idiomas y dialectos, arquitecturas y estilos diversos hasta lo antagónico.

A su hora, el fraile de fisonomía insomne y ojos iluminados por dentro, tomaría todo eso entre sus manos frías y huesudas y haría una unidad política forzada, ageográfica; pero que ha durado quinientos años y que hoy es el filipismo redivivo que acaba de triunfar, encontrándose con problemas que no son los mismos que resolvió hace quinientos años la unidad isabelina y cisneriana.

En resúmenes, ese pasado impresionante que tanto tienta

nelle de parte de las cenfuras que padeció la Comedia del *Cid*, tan famosa por ellas, como por la envidia que las fufcitó y la autoridad que las hizo valer más de lo jufto».

.....

(Prólogo de «Comedias y Entremeses de Miguel de Cervantes Saavedra, autor de Don Quixote, divididas en dos tomos con una disertación o prólogo fobre las Comedias de España. Madrid, 1749. (Favor de mi distinguido amigo Galeano, Secretario de la Biblioteca Nacional).

a los que no llevan en su torrente sanguíneo ni un átomo de sangre peninsular, es una muchedumbre de guerreros, santos, navegantes, descubridores, conquistadores y aventureros que llegan impávidamente hasta el «acabamiento de tierra» ya no había más planeta ni más Océano ni más vías interoceánicas ante ellos.

Mas, es claro, un Cervantes, un Calderón, un Segismundo hamletiano, un Velázquez impresionista desconcertante, un Goya, delicioso y ultraico a la vez. España!... España!...

Siempre, por lo demás, se ha caído sobre lo español como quien entra a un granero de pepas de oro. Siempre: Corneille, *Le Sage* con su *Gil Blas*, amaestrado en la novela picaresca; Víctor Hugo, ampuloso y atiborrado de metáforas estilo *confetti*, se pavoneaba de tener sangre española— el día, según él, en que Dios hable, hablará en español—. Creyó interpretar lo hispánico, que es algo realista y recio, en su teatro elemental, deshuesado, cargado de rimas y sonoridades en que de nueve dramas, lo menos seis son repeticiones del mismo tipo, según su compatriota Lanson.

II.—DE TORRELAGUNA A SALAMANCA CON NOVICIADO EN ALCALÁ DE HENARES

El enclenque Ximenes de Cisneros tenía ya los dientes de leche cuando nacía Colón en 1446.

Nadie habría predicho en 1437 que cincuenta y cinco años después, España estaría unida, constituyendo el primer país de Europa y del planeta, porque las carabelas que habían partido entre repiques, bendiciones e hisopazos, acababan de dar con las formas definitivas de la tierra, plantando en una isla como mancha de sol, una cruz, una bandera y una espada, con lo cual hicieron el primer fuerte.

Cisneros era flacuchento y pobre; pero templado por una

reciedumbre sólo comparable al acero que se quiebra pero no se dobla.

Nació tras un portón blasonado cuando España se aproximaba a la cumbre de su historia y de su acción.

Su progenitor, a tres dobles y un repique en materia de onzas y maravedises, era pariente pobre de unos duques con muchos escudos en la escarcela; pero no en la mano de «aggárrete».

Por ahí cerca había un castillo plantado en lo alto, mirando en redondo y con altanería acuchilladora a sus vasallos: hacía la imaginaria del pueblecito y de una iglesia desplomada y románica en cuyas tumbas empotradas en los muros o en el suelo, el futuro cardenal, dos veces Regente, descifraba los nombres de sus antepasados en las letras desgastadas a pisotones. Nada más genuinamente español que esos sepulcros metidos en la tierra para que todo el mundo los pise, lo que es la humildad de la muerte después del orgullo o la crueldad de la vida.

A juzgar por lo que son hoy, ya puede uno imaginarse lo que entonces serían el espíritu y las preocupaciones de esos pueblecitos que rezan la Vía-Sacra alrededor de una iglesia con torre, rosarios, villancicos de Navidad y *Requiescat in pace* cuando algún hidalgo de gotera paraba los pies.

No había en esos villorrios, y aun en la Corte, más porvenir que el claustro, máxime cuando se era hijo de recolector, grave y linajudo; pero de calzas zurcidas y chupa muy lustrosa o rapada.

¡Qué podría ser el pequeño Cisneros como no fuera apaga-velas en Torrelagunas!

El futuro cardenal y confesor de Isabel la Católica, a la cual la propensión hidrópica empezaba a soplar los cachetes, lo que no hacía feliz a don Fernando, pasó a Alcalá, cuartel de catorce legiones en tiempos de Trujano: Alcalá la Vieja donde el monigote que llegaba a tocar la campanilla de plata labrada, imprimiría después y ya en plena prepotencia, la Biblia en hebreo, latín, griego y caldeo— la Biblia políglota.

Alcalá de Henares. . . Sílabas de plata que suenan como si se

diera en el borde de una campana. O como si dijeran al que llega por primera vez: aquí cristianamos a «un tal Cervantes», pobre diablo que pagó la inmortalidad en calzoncillos y con las mil y una pellejerías que abonar como descargo.

Lo bautizaron en Alcalá y por fin dieron con sus huesos de menos— era zunco y por eso lo llaman ahora, es decir cuando no le sirve para maldita la cosa, el manco glorioso— en el convento de las Trinitarias madrileñas.

Pues bien, los frailes de Alcalá ensayaron en la cabeza puntiaguda—, de las de abrir un agujero en la pared—, del futuro arzobispo primado y cardenal, el primer cerquillo despejado a tijera y poco después y horquillando un borrico, pasó el puente de veintinueve arcos sobre el Tormes— el que bautizó al Lazarillo—, y entró en Salamanca, la de las piedras doradas por el crepúsculo como si fueran el altar donde decía misa Fray Luis de León.

Alta Castilla.—Salamanca vía Medina del Campo.—Son nombres encajados en el Romancero y luego en la compactación en un todo político.

Después de los romanos, la ciudad atravesó la Edad Media; vivió combatiendo y, reinando los Reyes Católicos, ahí solía llegar Isabel la Católica con un ejemplar del «Oficiis», de Séneca, y a escuchar a Pedro Mártir.

Cristos torturados de Berruguete; Dolorosas con cauda violeta, lágrimas de cristal y unos puñales de plata labrada en el pecho; viejas calles por las cuales pasan en peana procesional las imágenes de la imaginería.—¡Salamanca!... ¡Salamanca!... Tenía que dar y dió un toque definitivo al monago, lo tomó para siempre y se le metió dentro del cuerpo.

Son las viejas tierras impregnadas de pasado y monaquismo y cuando arde el verano o cuando la nieve tiende un hábito dominico sobre el suelo disparejo como si estuviera soliviantado de tumbas, rebrota por todas partes la pesadilla de la muerte, terror e inspiración de místicos y visionarios, pintores y tallistas.

Tales sitios y tales años tenían que modelar al muchacho, metiéndolo definitivamente en un hábito de estameña, más una cuerda para que atara y crucificara con ella su vida sin juventud.

Muy a tiro quedaba Burgos en cuyos campos se retorcieron los cirios encendidos por Doña Juana la Loca al abrazarse al féretro de velludo de Felipe el Hermoso, belleza desmentida categóricamente por los retratos que muestran un cachetón armado de unas mandíbulas delatorias de un tragón y mujeriego, lo que era bastante para dar mucha guerra a su consorte, que pasaba en celos, gimoteando o rasguñando.

La raza y Castilla la Vieja y dura, habían hecho del muchachito que parecía un cerote, un frailón de cabeza cónica y mirada de santo oficio. Llevaba en la cintura una cuerda de azotar o de colgar, cilicios de alambre a raíz del cuero pegado a los huesos y aconchada en el capillo una disciplina con que darse él y darles por donde cayera a los demás.

Se llamaba Jiménez de Cisneros, con lo que está dicho todo, y aparecía cingulo y Biblia en mano en los momentos de la articulación de España en un todo político, única posibilidad y seguridad de entonces porque sin el unitarismo (necesidad temporal que acaso debió evolucionar posteriormente hacia un mayor autonomismo regional dentro de un todo español mantenido por los lazos económicos) acaso no habría sido viable el Descubrimiento y la Conquista del Nuevo Mundo.

III.—«EL FRAILE»

Convento del Castañar.—«Ave María Gracia Plena».

Era ya «el fraile», como lo llamarían sus enemigos, y España sería íntegramente de él; pero no para su provecho sino para disciplinarla a su manera y hacer del mapa o bastión que flanquea el Viejo Mundo, un claustro como fortaleza.

Al pasar la cincuentena, fué elegido confesor de Isabel la Católica a la cual le había hablado insistentemente de él el Car-

denal Mendoza: «El frailuco de la Salceda... Hágalo venir Su Majestad».

Un año antes había sido descubierta la América, creación que iba a afectar y sigue afectando—, el Nuevo Mundo, salvo el caso de los Estados Unidos, no entra aún a la plena conciencia y la plena efectividad de sus recursos y sus posibilidades— a la economía general del Mundo.

«El fraile dijo que no: ¿confesor Real?... Jamás! Prefería su claustro, su celda encalada, su oficio parvo y su sopa boba.

No tenía más que su fe y su pobreza. No las dejaría por nada de este mundo percedero y continuaría durmiendo a ras del suelo, como San Francisco.

Era fraile—, fraile menor.

Su saber y sus talentos habían sido descubiertos por el Cardenal Mendoza, emparentado con él; pero fuera como fuera, no dejaría la celda como fosa en que quería morir con un Santo Cristo entre las manos.

¿Iba a reemplazar a Torquemada que no hacía muchos años y hallándose don Fernando y doña Isabel como huéspedes de los dominicos de Avila, había conferenciado a solas con la Reina mientras ardía en silencio un tronco de encina?

—Ahí— me dijo un fraile con las cejas como bigotes— ahí junto a esa chimenea platicaban Isabel la Católica y el Inquisidor mayor cuyos huesos fueron aventados por los facciosos en 1834.

Hablaban sobre la marcha del Santo Oficio, tribunal instituido en 1478 a petición de los Reyes Católicos y la lumbrarada de la chimenea daba a ambos personajes rojos y dorados de hoguera.

El dominico había hecho quemar la friolera de ocho mil desgraciados; pero eso no era bastante para mitigar el fervor de la Reina y de Torquemada, el cual, además, estimaba supremamente urgente la depuración del «Index Expurgatorius», de 1551.

IV.—PENITENCIA Y MEDITACIÓN

Ante el llamado Real, reiterado en forma de orden y pedido, «el fraile» redobló sus ejercicios espirituales y los que estaban cerca de él, creyeron que cualquier día iba a convertirse en llama de tenebrario.

Se obstinaba en tomar una resolución definitiva y se sumergió en la introspección. Se negaba a salir de su humildad y no ignoraba, por cierto, que desde el confesonario de la Reina podría consolidar y organizar el unitarismo «a fuego y hierro» que lleva cinco siglos, como que lo que acaba de triunfar es la unidad de Isabel la Católica; del Emperador, sofocado por el asma y mordido por los hemorroides, y de Felipe II, enterrado en vida en el que iba a ser su suntuoso pudridero.

Corrió cerrojo y se enceldó. El fraile de nariz ganchuda y labio leporino cayó de rodillas y extendió las manos, queriendo recibir los estigmas del Santo patrono.

Encendió los cirios que flanqueaban el Cristo que llenaba la celda y luego se abrazó a él, formando un mismo grupo con el Crucificado.

Besó la tierra tres veces y en seguida se sumergió en la meditación.

No aceptaría aunque lo ordenaran la Reina y el Papa—un Borgia.—Alejandro VI para más señas y precauciones.

Llevaba varios días de ayuno para que dentro del cuerpo macerado no hubiera más reactivo que el espíritu, lo que según San Ignacio y sus compañeros, Pedro Fabra y Santiago Lainez, facilita la visión interior.

No aceptaría; pero habló el Cristo y dijo otra cosa. Se retorcieron los cirios como si estuvieran vivos; se inmovilizaron en seguida y se oyó una mezcla de orden y de gemido: —«Hijo mío, acepta»...

Y la cabeza del Crucificado cayó sobre el pecho como en la imagen que pintaría Velásquez.

Volvieron a retorcerse los cirios y el fraile se extendió como una cruz caída sobre el suelo.

La meditación concentrada en una sola idea producía la alucinación acústica: —«Hijo mío, acepta»...

Obedecería, sería el confesor de la Reina Católica y daría sin piedad tanto a los nobles alzaprimados como a los frailes relajados.

«Hijo mío, acepta»...

Era la voz divina; quedaba consumado el milagro, alcanzado mediante el castigo de la carne, y al levantarse del suelo «el fraile» era ya uno de aquellos inquisidores con fondo de auto de fe, que años después pintaría Domenico Theotocupuli—el Greco.

Se atrincó el cingulo a la cintura de avispa, salió de su ceida olor a pavesas y mandó poner el aparejo al bíblico borrico de sus correrías por las llanadas, al rayo del sol, en estío o en invierno, del viento de agua que sopló los hachones de Felipe el Hermoso. Así lo mentaban aunque no fuera mentira.

V.—LA MISA DEL ALCÁZAR

Hay en el Alcázar de Sevilla un oratorio dorado a fuego, que pasa lleno con el olor de los azahares de los jardines del Emperador. Es chiquito, opulento y barroco en medio del cromatismo mozárabe de la ciudad y del antiguo palacio musulmán, vecino de la catedral llena de laudes, tumbas y tesoros.

Justo al lado, se lanza la Giralda, saturada de luz, y los toques de la campana que oyeron Cervantes y Mateo Alemán desde la cárcel, se esparcen hechos «saetas» sobre la ciudad con luz de azul y de horno—de horno africano— como los azulejos.

En el pequeño oratorio oía su misa diaria Isabel la Católica y ahí ofició al llegar un fraile con cara hepática que clavaba

barba en el pecho al abrir los brazos en demanda de los estigmas, como en su celda, cuando le habló el Crucificado. Era un fraile muy de aquella época y aquella España de pocas bromas.

Decía su primera misa ante la Reina y sus manos ganchudas elevaban una hostia en que crecía y llameaba la cruz.

La campanilla de plata agujereaba el silencio del Alcázar en cuyos jardines se encendía el agua de los surtidores.

La Reina cayó de rodillas y cruzó las manos hinchadas sobre su pecho lacerado por los mujererios de Don Fernando y la semi imbecilidad del hijo tartamudo y consumido por la lujuria.

A esa altura de la vida, Isabel la Católica era un retablo de dolores. Un retablo de Berruguete y en ese instante y mientras «el fraile» alzaba la hostia, la soberana con su toca, su rosario y su Ofium miniado parecía arrodillada sobre su propia tumba.

El oficiante golpeó el ara con la frente, levantó el cáliz incrustado con las primeras piedras verdes traídas de las Américas y luego volvió a levantar la hostia que se hacía traslúcida al ser cogida por la luz que venía de los jardines y los naranjales.

Sollozó la Reina postrada ante el altar plateresco en que decía la misa su nuevo confesor, después de Talavera, Torquemada y el cardenal Mendoza.

Soberana y oficiante estaban poseídos del mismo espíritu: España católica, militante, estirpadora de herejes y relapsos, «marranos» y judaizantes, y la Reina veía sus dominios inconmensurables libres para siempre de moros, bárbaros e infieles y, llameando en medio de las llanuras de la Alta Castilla, las hogueras en que los cuerpos eran sólo un montón de cenizas viscosas de que en las noches saltaba una llama apoderándose del último átomo de fósforo de los huesos calcinados.

«*Corpus, Domine nostri, Jesuchristi custodiat animam meam in vitam aeternum*».

La Reina continuaba postrada, deshecha ante el altar. No había tenido ni tenía otro pensamiento que el de Dios y España y cuando la imagen de Fernando de Córdoba dió en la flor de

aparecerse en su memoria, victorioso y magnífico, después de las jornadas de Tarento y Serignole, Doña Isabel cortó por lo sano y se confesó con Torquemada, el cual se tironeó furiosamente las cejas: —El Gran Capitán es el propio demonio que quiere tentar a Vuestra Majestad...

Y Su Majestad se apresuró desde entonces a hacer la cruz y persignarse con el rosario labrado con las primeras pepas de oro traídas de las Indias Occidentales cada vez que aparecía el Gran Capitán con su capa de armiño y el espadón con que había partido en dos a moros y franchutis.

Se reavivaba en ella, avara, calcetera y fea pero muy mujer, el misticismo a base implacable y mortuoria que le había infundido Torquemada. No tardaría en convencerse de ello el nuevo confesor, que se alejaba del altar plateresco y la capillita barroca con la cabeza inclinada y la mano puesta sobre el cáliz de la elevación.

Corpus, Domine nostri...

La Reina continuaba postrada, como ausente. Apesar de tanta virtud y tanto servicio, la había perseguido el dolor, desgarrando en la madre los triunfos de la Soberana.

VI.—«EL FRAILE» Y SU OBRA

Como político o, más bien, como hombre de Estado— y fué uno de los contados sobradamente con los dedos de una mano, que la España ha tenido—, veía ante todo y sobre todo la necesidad de una nación poderosa y compactada por una misma fe.

Todo a sangre y fuego, es claro. «El fraile», resumen torturado de los instintos del macho, siempre contenidos y sofrenados, lo que hace terco e insensible el carácter, no entendía de contemplaciones ni transacciones: iba recta y duramente a lo grande: Religión y Nacionalidad, como él entendía ambos conceptos, o sea, infundiéndoles rigidez y solidez tales, que el tiempo no prevalecería sobre ellas, dejándolas intactas. Y así ha sido, como

que de la Reina y su confesor a hoy, van corridos casi quinientos años.

Nacionalidad unida y depuración de las costumbres religiosas: lo demás, sin excluir honores y prebendas, le importaba poco y fué necesario un Breve imperativo del Papa— un Borgia— para que aceptara la mitra, hoy guardada en el tesoro olor a naftalina de la catedral de Toledo, donde la tocamos y no nos pusimos, por no permitirlo ni por un par de «duros» el sacristán en funciones de *ciceroni* incorruptible.

Avienta o aplasta sin misericordia todo, fuera noble o plebeyo, cristiano, judío o moro, lo que intenta oponérsele de frente o de soslayo.

¿Cuáles son vuestros poderes?—, le preguntaron los nobles.

Mostró sus cañones, abriendo de un tirón la puerta de cuarterones de un casón de teja, sito en el Madrid de la Plaza Mayor en que años después el último de los Austrias— y bastaba mirar a aquel pingajo humano para convencerse que era el último sedimento humano de una sangre en las postrimerías— Carlos II, el Hechizado, presidiría los autos de fe con su cara lívida, su mandíbula de bruja, su cabellera de mujer y sus ojillos de roedor.

—¿No hay más?—preguntó una vez, después de la quema de medio centenar.

—¡La piedad de Su Majestad!— gimió el gran inquisidor juntando amorosamente sus manos.

La espiritualidad del momento en que se consolida la unidad, era la Reina «prefiero no reinar a reinar sobre herejes»—; Cisneros era el ejecutor riguroso y Don Fernando el Católico— no faltan motivos para pensar que no lo fué mucho— «el que convirtió el sueño místico de Castilla en una aventura».

He ahí la España grande y tremenda inmediatamente anterior al desangre de la Conquista y la Colonización, que le restaron sus mejores músculos y sus ímpetus más temerarios: en cuarenta años, el Nuevo Mundo absorbió— lo que no era nada para semejante enormidad territorial— la mitad de la población

española, dejando en la inopia la industria y, en consecuencia, obligando a pagar con el oro de las Américas lo que ya no se producía. El resto de aquel aluvión de perlas y metal amarillo, lo devoró la Contra-Reforma y la España que con cada guerra perdía una provincia, caminó hasta llegar sombríamente al Tratado de Utrech, final o funeral de los Austrias que empezaron con el Emperador, pintado épicamente por el Tiziano, y que terminaron con aquel cretino exangüe que preguntaba tableteando con su quijada de paranoico, si no había más gente que asar...

Con Cisneros quedaba realizada la centralización unificadora que renace en los totalitarismos de hoy y cuyos orígenes «hay que ir a buscar al Escorial».

Estaba hecha a prueba de siglos la unidad y contra ella se han estrellado las invasiones, las guerras, las convulsiones y los cambios de régimen, sin poder arribar al federalismo indicado por las diversidades geográficas y étnicas de algunas regiones sujetas por el centralismo anudado con nudo ciego por la Reina y su confesor, más las cábalas de Don Fernando, personaje del Renacimiento y mezcla de toda clase de sangres.

El fanatismo atizado por la fe se había acoplado con el fanatismo como fin político, haciendo la conjunción de fuerzas incontrastables: el fundador de una Universidad mandará quemar gran número de manuscritos árabes y repetirá que el humo de la pólvora era para él como el incienso... Confesaba así su fanatismo militante y, por lo demás, cada una de sus acciones tenía un fin político— la perfecta unidad española— o un fin religioso— la unidad doctrinal. Y mucho cuidado con oponerse a ese poder de la fuerza y la voluntad porque entonces Ximenes de Cisneros se apresuraba a colgarse una espada al cinto. Aparecían, pues, fácilmente los atavismos del Romancero.

Ni los llamados nobles ni nadie era nada ante los fines espirituales y temporales puestos al servicio de la Iglesia y del Estado. La Religión y el Estado absorbían al individuo, abrogando los antiguos fueros, pauta que seguiría implacablemente Felipe II,

sin que se le sintieran los pasos sigilosos de sus escarpines de trapo. Cuando más, se oían los golpes de la contera de hierro de su bastón, agujereando el silencio tumular del patio de las batallas del Real Monasterio.

La Iglesia y el Estado. No había otro fin para Cisneros. Falla contra la casa de Alba, después tan poderosa, la cuestión del priorato de San Juan de Castilla y no deja una piedra sobre otra en Villafrades donde los nobles habían atropellado a la justicia del Rey.

Reforma las órdenes religiosas; mete en cintura a los frailes alborotados por las efusivas tentaciones de demonios y vampiresas de antes y después del mediodía de Mr. Bourget; se ciñe una espada más grande que él; conquista a Orán y envía un «recadito» a Francisco I: —«Con este dinero y este cordón, si trata de venir a Navarra, iré a darle la batalla en París».

La unidad— única solución en su tiempo, máxime teniendo al otro lado de los Pirineos a la Francia compactada desde Luis XI, maestro insuperable es aquello de que el fin justifica los medios,—sería con el tiempo un grave problema porque parece evidente que el regionalismo español tiende, geográfica y, por consiguiente, económicamente, a un federalismo articulado entre sí por la razón comercial, la cual tiene en la misma Península el mejor mercado de lo que produce cada zona.

La Reina y Cisneros consumaron, pues, la unidad y empezó a actuar fugazmente un país intoxicado por la idea, variante de la psiquis peculiar que produjo las cruzadas, de ser el paladín de la Contra-Reforma, lo que absorbería estérilmente sus recursos y sus hombres hasta arribar a la claudicación de Utrech, punto ya muy avanzado de una actividad agotadora y sin objetivos nacionales ni aún dinásticos de ninguna especie.

La Reina y su director espiritual dejaban una estructura geográfica enorme y por lo mismo muy difícil de mantener porque, además del desangre del Nuevo Mundo y las guerras religiosas, iban surgiendo organismos poderosos e imbatibles, como

Inglaterra que desde el descubrimiento del Nuevo Mundo a hoy, no dejaría un instante de crecer y consolidarse.

Exceso de acción exterior, dijo de ese período español, Angel Ganivet, cuyo «*Ideario*», penetrante y desgarrado, es mucho anterior a la «*España Invertebrada*», presuntuosa y negativa, de Ortega y Gasset.

En tiempos de la Reina y su confesor no era fácil preveer la división que no tardaría en plantearse, disgregando el *Imperium mundi*, hijo del tiempo y de circunstancias que no volverán porque la historia no puede repetirse, cuando los hechos han variado la estructura misma de un organismo. Por lo demás ya no quedan Américas que descubrir y conquistar.

Sobrevive el fuerte sistema político del «fraile» y la Reina; pero la obra externa fué inevitablemente alcanzada por la disgregación.

No nos correspondería decir, lo que rebalsaría los límites de este ensayo si la arquitectura política de Cisneros—arquitectura de castillo—corresponde en cierto modo al Estado totalitario de hoy; pero lo indudable es que fué la armazón de la España universal del siglo XVI y ya esto es bastante para su gloria porque arrancar la historia española del tiempo de los descubrimientos, sería como dejar en el pasado un hueco enorme.

VII.—EL MADRID AUSTRÍACO Y CISNERIANO

En la antigua Corte, hay una pequeña barriada que suena a pasado y en la cual bien podría aparecer chancleteando con sus sandalias aseguradas con correas el fraile que sintetizó el poder centralizador de la Monarquía del lema tan conocido: «Tanto monta». Y tanto montó, que la España de ese siglo y aun del siguiente, fué el primer país de Europa, es decir del Mundo.

Es el barrio que un hombre barbado y encapado (con quien me topé más de una vez en ese enredo de callejas y travesías que se retuercen alrededor del Ayuntamiento y la Plaza Mayor)

llamaba el Madrid austríaco, denominación muy del marqués de Bradomín, o sea Valle Inclán.

Cuando se está en la calle Mayor y se tuerce a la izquierda, si se viene de la Puerta del Sol, y a la derecha, si se viene de la Almudena o de la Plaza de Oriente, se ingresa al dédalo de las callejas sórdidas que sintieron el ganado de hoguera arreado entre dobles, cirios y cruces procesionales a la Plaza Mayor donde esperaba con su cara de pudridero el Hechizado: se levantaba para ir a zahumarse y reconfortarse en los autos de fe. Le encantaban. —¡Era tan devoto y caritativo S. M., según el gran inquisidor!

Ahí está todavía el balcón en que se plantaba con el rosario entre las manos de uñas magulladas con sus dientes de roedor a disfrutar de una *matinée* inquisitorial.

Y mientras aquel cretino con cera de vieja tartamudeaba oraciones, la apuesta doña María de Neuburgo sonreía cándidamente al bizarro don César de Bazán, el del Ruy Blas, de Víctor Hugo, que descance en paz escénica con sus dramotes empalagosos.

La barriada de la Plaza Mayor es un sitio poco apto para madrigales: es hosco, solitario, frío y, sin embargo, atrapa con la sugestión de lo que vió y lo que recuerdan sus encrucijadas: calle de Bordadores, Cuchilleros, San Cristóbal, Esparteros, Sacramento... Se oye patente el paso de alguaciles y familiares de otro tiempo. Para más señas, van linterna en mano y olfateando los resquicios de puertas y ventanas...

No hay autos, ni carruajes ni tranvías. Se deambula como en 1700 y en la tarde, vuelan las palomas y una que otra corneja empeñada en pasarla de pichón. Y como si el gran sordo prosi-guiera sus «Caprichos» inmortales, chillen los murciélagos, abren sus ojos inmóviles las lechuzas y a la oración tocan las campanas de San Ginés y San Justo, donde se encandila entre cirios una «Flagelación de Cristo» de Alonso Cano.

En una casucha de los alrededores murió Calderón, el del Segismundo, especie de Hamlet en cueros.

No recuerdo haber pasado por esa parte de Madrid, sin colarme en las callejas de capa y espada, yendo a rematar a la Plaza Mayor, lugar de torneos, corridas y *actus fide* a que llegaban los condenados con el dogal al cuello, cirio o cruz verde en la mano y ostentando un elegante sambenito profusamente exornado con lenguas de fuego. . . . Iban en sus cinco sentidos?

Extraviados, insomnes, mucho más muertos que vivos en todo caso.

El soberano de color es descomposición y con el toisón sobre el terciopelo de forrar ataúdes, se santiguaba al empezar el sermón de fe, después de otorgar su venia al inquisidor. Generalmente, momentos antes de salir del Alcázar, se hacía exorcizar y es sabido que no pudo ponerse de pie hasta pasados los quince años y ayudado por los bufones y los últimos perrazos, que ya no estaban atocinados como cuando los pintó Velázquez y lamieron sus pies de pisa verde a Felipe IV.

«El hechizado» se había casado dos veces como todos aquellos a que no les va muy bien en el primer turno. La segunda, doña María de Neuburgo montaba bizarramente, llevando al estribo a Don César de Bazán, el cual no pecaba ni venial.

¡Viejo Madrid de las sugerencias sin fin!

Ahora la Plaza Mayor está llena de boliches olor a Valdepeñas y desde el balcón de la Marizápalos, hembra muy pechugona de Felipe IV, el rey «poetizo», pueden divisarse los besugos y las merluzas del Cantábrico colgadas de las agallas en figones y pescaderías.

A poco andar, cerca del Ayuntamiento, el rótulo dice «Calle de la Villa» y ahí está, aunque restaurada como si la fueran a alquilar, la casa en que vivió temporalmente el que expulsó de un empellón a todos los judíos, unos 36,000, que no habían pasado por la pila de cristianar a fuerza de agua bendita.

No se andaba con chicas «el fraile» y los que aun se atrevían a interrogar a su paternidad— modesto rango que le había

interesado más que el cardenalato— le preguntaron en mala hora cuáles eran sus poderes. . .

¡Cuáles habían de ser!

Haciendo sonar la osamenta bajo el hábito, saltó a la puerta que daba al balcón volado, la abrió con violencia y estirando los brazos, señaló las culebrinas que atascaban la calleja y gritó fuera de sí: —«Esos». . .

Señalaba los cañones.

No le temía a nada, por lo menos mientras pudiera apuntarse en Isabel la Católica. A nada, ni a los nobles apaciguados a cordonazos, ni al Papa ni a los infieles, ni al Rey de Francia al cual mandaba amenazar continuamente.

Y el que de tierras del Nuevo Mundo va a dar con su curiosidad ante el barrio austríaco y la casa de Cisneros, se detiene largamente ante ese casón barroco a que el crepúsculo da colores de altar. Se detiene y se pregunta, si no ha sido Cisneros, con todos sus yerros y sus faltas, el único gran estadista de la historia española.

Tocan las horas litúrgicas las campanas de San Ginés y uno se queda más boquiabierto que de costumbre ante la casa donde salió hace siglos el grito estridente que continúa imperando, sin importarle el derecho, si, en cambio, tiene la fuerza.

Es una casa y un balcón que dan que pensar: en el país fundador y el cua. ha dejado una huella acaso tan vasta como la de Roma, los estadistas más considerables han sido un fraile y una mujer, una Reina y un cardenal.

Dejaros indeleblemente una unidad y una organización y ambos hechos, completándose, fueron el imperialismo del César pintado por el Tiziano con sus pinceles dorados. El imperialismo de Carolus V y el filipismo del hombre minucioso, contabilizador y con fuerte vocación de sepulturero, que sacaba sus cuentas número a número y oía misa tras misa en el Escorial.

La Reina tejedora de calceta y el batallador de cerquillo y cordón franciscano, resumen con grandiosidad de catedral de

cinco naves la España absolutista, fanática y unitaria: ambos, la Soberana por antonomasia y «el fraile» también por antonomasia, hacen una época y no es ésta la que los toma y los modela: no, son la Reina celosa y tejedora y el franciscano que horquillando un borrico y como un símbolo de la época cruzaba campo a través las llanadas castellanas.

XI.—«CISNEROS» Y EL AUTOR

Y ¿cómo ha interpretado el escritor chileno a este personaje archicastellano, es decir de Torrelagunas en las vecindades de Alcalá de Henares?

Lo sigue paso a paso desde que lo toma con la pluma. Lo toma sin apasionarse y no se enardece con él. Trata de ser sobriamente fiel y no hace apologética, sino que juzga: retrata, copiando la realidad y respetando la verdad. Y es así como se interna en el período más formidable del país que incorporó al Nuevo Mundo a la vida universal, haciendo de éste y por lo menos hasta la Emancipación, algo estrechamente ligado a la Historia, la raza y la lengua españolas.

Por lo demás, Cisneros no era para apasionar sino para temer y aun para admirar, si uno logra ponerse dentro de su ambiente y de su época. Condición esencial porque «el fraile» implacable, no es algo de hoy, por más que su obra, según se está viendo, no haya muerto.

Vicuña lo sigue, abreviando lo imaginativo y lo superfluo, desde el pobre solar de Torrelaguna y hace la semblanza total con una prosa limpia, elegante, vagamente oratoria en algunas ocasiones.

El que va a organizar dentro de su concepción política y religiosa la España que se extendió hasta el infinito en ambos mundos, cruza las dos Castillas, Extremadura y la tierra mudéjar, montado en un borrico, el pobre cuadrúpedo, manso y fiel, que

ni por esto se ha librado de las invectivas con qué calumnian al burro porque tiene grandes y con plumarillos las orejas.

Iba el fraile con la cabeza baja y el rosario de palo santo entre las manos. Cualquiera habría adivinado— el hábito no hace al monje— quien era aquel viandante!

Ante tal figura y tal paisaje, habría motivo sobrado para pararse en las puntas de los pies. Pero el autor de «Cisneros» permanece sereno, sin perder el control de su prosa nítida y vigorosa. En efecto, no hay una palabra que agregar ni que quitar, como en el «Savonarola», otro frailazo a quien el fausto y las costumbres del Renacimiento pusieron en un estado hipersensible muy propenso a olvidar que el que se mete a Redentor suele salir sacrificado.

El primero, Cisneros, herido por el despego de los que disfrutaban desde el trono de su obra organizadora y morigeradora, cabe al encuentro del nuevo Rey— Carlos V, nada menos—; pero en uno de esos poblachos— que son sólo un caserío apretándose como cuentas de rosario alrededor de una torre—lo toma una fiebre que sacude como una matraca de Semana Santa sus viejos huesos.

El segundo, «Savonarola», flamea hecho llama y pavesas sopladas por la brisa del Renacimiento florentino.

El sol de otoñada empezaba a ponerse más temprano cuando el «fraile» ya octogenario cruza por última vez la llanura castellana, cabalgando en su pollino bíblico.

Cae para no levantarse más y llega hasta su lecho, cercano a la tierra como el de su antigua celda de la Salceda, una carta del nuevo Rey. Ingresaba a sus dominios rodeado de parásitos y trepadores, que ni siquiera eran españoles y envió «al fraile» una carta que ordenaba cortésmente al que había sido dos veces Regente que se retirara a descansar... Era el «vaya usted con Dios» dado como si fuera un mayordomo, un sumiller o uno de esos señores de casa y boca tan diestros en besar la mano o los escarpines.

Green algunos que Cisneros no vió ese «hasta aquí no más llegamos», Su Señoría Ilustrísima.

Puede ser puesto que no la viera puesto que ya no pensaba más que en la muerte y de no ser así, ya habría tenido un motivo más para meditar en el agradecimiento Real y en aquello del cuadro de Valdés Leal: *finis gloriae mundi*. . . «En lo que acaba todo», decía Felipe II, que no esperaría la muerte para empezar a podrirse copiosamente.

Leyera o no leyera la cartita Real, «el fraile» se había despojado de todo sin conservar más que sus huesos y su mortaja seráfica y cuando quemó más la fiebre, el agonizante rezó los salmos penitenciales: «In te Dómine sperabi» . . .

Y el latín de miserere selló los labios del que había tenido a toda España bajo su mano, su cordón y sus sandalias.

Vicuña ha hecho de esa vida tan larga y tan llena una síntesis en que todo se ajusta a la verdad, sin pasión sospechosa y con exclusión de la fantasía, que no es en lo histórico donde más falta hace.

No todos los autores de hoy habrían podido hacer igual cosa y, cogiendo la ocasión de los cabellos—dando por sentado que ésta esté dotada del correspondiente sistema capilar— me permito decir que si hasta ahora no he escrito más sobre España, es porque no estoy seguro de permanecer serenamente en lo justo porque me exalta y parcializa todo lo español, aún en sus largos y duros períodos en rojo.

El clérigo Vicuña, en cambio, ha hecho historia en un estilo que se absorbe gratamente y que tiene la virtud gentilísima de no hacer sentir una erudición, que es necesario tener pero no mostrar en esta clase de obras, que si dejan de ser atractivos y gratas, están irremisiblemente perdidas.

El autor tiene el don, raro en nuestros países, de hacerse leer con avidez y esto sin dar una parte excesiva al interés mediante el sacrificio del contenido y la exactitud.

Pues bien, ojalá el autor quiera aprovechar sus altas condi-

ciones de escritor actual y sin piruetas, penetrando en lo único del Viejo Mundo a que tenemos cierto derecho de consanguinidad: lo castellano, como Cisneros, architipo guerrero y monástico.

Insistiré ante el autor y, en consecuencia, espero seguir llegando de tarde en tarde hasta la casona poblada de fragmentos clásicos esparcidos bajo los árboles, para pedirle una y otra vez que siga internándose en la cantera española: es opulenta y tiene mucho metal noble que extraer. En efecto, no está hecho Loyola, ni Santa Teresa, ni Quevedo, ni Ercilla ni los descubridores ni los conquistadores.

Zweig, austríaco, acaba de hacer superiormente a Magallanes.

Ni tampoco están nítidamente contadas y analizadas las variaciones psicológicas profundas, aunque fueran las mismas, según el lugar común tan reeditado, las creencias y el idioma, de lo español al trasponer a América su barroquismo y su modo de ser general.